

origenes se han mantenido ostensibles en ambas comuniones.

La comunión reformada no ha sido nunca tan popular como la católica, pues como hija de una estirpe de príncipes y de patricios, no simpatiza con la muchedumbre. El protestantismo, equitativo y moral, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad participa más de la razón que de la ternura: viste al que está desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos a la miseria, mas no vive, no llora con ella en sus albergues mas pobres; consueta al infortunio, mas no le compadece.

Comparación del sacerdote católico y del ministro protestante: la reforma resucitó el fanatismo que se extinguía, suprimiendo la imaginación de las facultades del hombre, cortó las alas al ingenio y detuvo su vuelo. Goethe y Schiller no parecieron hasta que el protestantino, abjurando su espíritu seco y lúgubre, se acercó a las artes y a los objetos de la religión católica. Esta ha cubierto el mundo con sus monumentos: a ella se debe esa arquitectura gótica que rivaliza en sus pormenores y eclipsa en su grandeza a los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América; practicanle millones de hombres; mas ¿qué ha erigido? Os mostrará las ruinas que ha amontonado, y entre las cuales ha creído conveniente plantar varios jardines ó establecer algunas manufacturas.

Rebeldes a la autoridad de las tradiciones, a la experiencia de los siglos y a la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo se apartó de lo pasado para edificar una sociedad sin cimientos. Confesando por padre a un monge alemán del siglo XVI, el reformado renunció la magnífica genealogía que hace subir al católico, por una serie de santos y de hombres grandes, hasta Jesucristo, y desde este, hasta los patriarcas y la cuna del universo. El siglo protestante negó desde su primer día todo parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo de aquel otro Leon, que poniendo fin al mundo de la barbarie, embelleció la sociedad cuando ya no era necesario defenderla.

Si la reforma reducía el campo del ingenio en la elocuencia, la poesía y las artes, comprimió también los corazones guerreros, porque el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo había producido los caballeros: el protestantismo formó capitanes valientes y virtuosos, pero sin entusiasmo: nunca hubiera formado un Duguesclin, un Lahire, un Bayardo.

Se ha dicho que el protestantismo había sido favorable a la libertad política, pues había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un señor: la Suecia, la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo el poder de la monarquía absoluta, y la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal. El protestantismo se estrelló en los países republicanos: no pudo invadir a Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una reducida Iglesia secreta que vino al suelo; las artes y el hermoso sol de Mediodía, eran mortales para él. En Suiza no tuvo éxito sino en los cantones aristocráticos, análogos a su naturaleza, y aun allí con grande efusión de sangre. Los cantones populares ó democráticos Schwitz, Uri y Unterwald, cuna de la libertad helvética, le rechazaron. En Inglaterra no fue el vehículo de la Constitución, formada antes del siglo XVI, en el regazo de la fe católica. Cuando la Gran-Bretaña se separó de la corte de Roma, el Parlamento había ya juzgado y depuesto reyes, y los tres poderes eran distintos: no se cobraba el impuesto, ni se levantaba el ejército sin el consen-

timiento de los lores y de los comunes; habíase encontrado la monarquía representativa, y marchaba ya: el tiempo, la civilización y las luces, siempre en aumento, hubieran añadido los resortes que aun le faltaban, así bajo la influencia del culto católico como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de conseguir la extensión de sus libertades por el hundimiento de la religión de sus padres, que nunca el Senado de Tiberio se mostró tan vil como el Parlamento de Enrique VIII, pues llegó hasta el extremo de decretar que únicamente la voluntad del tirano, fundador de la Iglesia anglicana, tuviese fuerza de ley. ¿Fue la Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? Lo cierto es que el protestantismo en nada alteró las instituciones; allí donde encontró una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y Suiza, las adoptó; y donde halló gobiernos militares, como en el Norte de Europa, transigió con ellos y aun los hizo mas absolutos.

Si las colonias inglesas formaron la república plebeya de los Estados-Unidos, no debieron su emancipación al protestantismo; porque no fueron las guerras religiosas las que las libertaron, sino que se sublevaron contra la opresión de la madre patria, protestante como ellas. El Maryland, Estado católico, hizo causa común con los demás Estados, y actualmente la mayor parte de los de Oeste son católicos: los progresos de la comunión romana en aquel país de libertad exceden a toda creencia, mientras las demás comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, al lado de esa gran república de las colonias inglesas protestantes, acaban de levantarse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas; y ciertamente que estas, para lograr su independencia, han tenido que vencer obstáculos superiores a los de las colonias anglo-americanas, alimentadas, digámoslo así, en gobierno representativo antes de romper el débil lazo que las unía a la metrópoli.

Solo una república y algunas ciudades libres se han formado en Europa con la ayuda del protestantismo; la república de Holanda y las ciudades Anseáticas, mas es preciso observar que la Holanda pertenecía a las municipalidades industriales de los Países-Bajos, que por espacio de mas de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales, a pesar de ser tan zelosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria no pudieron sofocar en Bélgica el espíritu de independencia; y los sacerdotes católicos acabaron de reducirla al estado republicano.

Pruebas y manifestación de estos hechos desconocidos ó desfigurados hasta el día. Despues de estas pruebas, hago observar que en mis investigaciones no hablo de los protestantes, sino en lo relativo al tiempo pasado; muy mejorados en la actualidad, no son ya lo que eran en la época de Lutero, de Enrique VIII y de Calvino, y han ganado lo que perdieron los católicos.

El reinado de los segundos Valois, desde Francisco I hasta Enrique III, la matanza de la noche de San Bartolomé, la liga y las guerras civiles, son los tiempos del terror aristocrático y religioso, del cual surgió la monarquía absoluta de los Borbones; así como el despotismo militar de Bonaparte surgió del reinado del terror popular y político. La libertad sucumbió despues de la Liga, porque lo pasado que había colocado los Guisas a su cabeza, detuvo el porvenir.

Hechos y personajes de aquella época. El día de San Bartolomé: Carlos IX: muerte de este príncipe: su arrepentimiento. Carlos IX había dicho a Ronsard en versos cuya naturalidad y elegancia debiera haber imitado este poeta:

Tous deux également nous portons des couronnes;
Mais, roi, je la reçois; poete, tu la donnes.

Dichoso este príncipe sino hubiera recibido una diadema dos veces manchada con su propia sangre y con la de los Franceses! la corona es un adorno molesto para dormir en el lecho de la muerte.

El cadáver de Carlos IX fue trasladado sin pompa a San Dionisio, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara, y por Brulome, narrador único, que modelaba los vicios de los magnates, como se saca el vaciado del rostro de los difuntos.

Enrique III: la Liga: durante esta el pueblo no dirigía sus negocios, sino que seguía humildemente la huella de los grandes: no había formado un gobierno aparte, sino adoptado lo que existía; únicamente se hacía servir por el Parlamento, y había transformado sus sacerdotes en tribunales.

Cuando Mayenne lo juzgaba oportuno, mandaba ahorcar a quien le placía de entre el pueblo y a los Diez y seis.

Los Países-Bajos quieren entregarse a Enrique III, que los rehusa; y la Francia, por un destino constante, pierde también la ocasión de extender sus fronteras hasta las márgenes del Rhin.

Jornada de las barricadas. La historia viva ha reducido a proporciones muy mezquinas estos hechos de la historia muerta, tan famosa en otro tiempo. ¿Qué son en efecto la jornada de las barricadas y la del mismo Saint Barthelemy al lado de esas grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de las matanzas del 2, 3 y 4 de setiembre del mismo año, del suplicio de Luis XVI, de su hermana, de su esposa, y finalmente, de todo el reinado del Terror? Mientras me ocupaba de estas barricadas que arrojaron de París a un rey, otras barricadas hacían desaparecer en breves horas tres generaciones de reyes. La historia no aguarda al historiador: traza una línea y arrebatada un mundo.

La jornada de las barricadas nada produjo, porque no fue el movimiento de un pueblo que procura conquistar su libertad; porque la independencia política no era todavía una necesidad común. El duque de Guisa no intentaba un levantamiento para el bien de todos: ambicionaba una corona, despreciaba a los habitantes de París, aunque los halagaba, y no se atrevía a fiarse enteramente de ellos. Obraba tan débilmente en un círculo de ideas nuevas, que su familia había esparcido folletos probando que descendía de Lothero, duque de Lorena: de aquí resultaba que los Capetos eran unos usurpadores, y los Lorenas, los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea corlo-vingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado y luchaban por un interés personal contra los Hugonotes revolucionarios de la época, que representaban lo futuro; pero no, con lo pasado no se hacen revoluciones sino contrarevoluciones.

Todo se verificaba, pues, sin una de esas grandes convicciones propias de las doctrinas políticas; sin esa fe en la independencia que todo lo derriba. Había, si, materia para revueltas, pero no para transformaciones, porque nada estaba bastante edificado ni bastante destruido: el instinto de la libertad no se había convertido aun en impulso de la razón; los elementos del orden social fermentaban aun en las tinieblas del caos: la creación principiaba, pero aun no se había hecho la luz.

La misma insuficiencia se notaba en los hombres; no eran bastante completos, ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir una variación radical en el Estado. En la jornada de las barricadas Enrique II y el duque de Guisa, se mostraron muy inferiores a su posición: faltó al uno el corazón y al otro el arroyo del crimen.

En la conducta del duque de Guisa se advirtió mas orgullo que valor, mas presunción que ingenio, mas

desprecio al monarca que ardor hacia el realismo. Intrigaba a caballo como Catalina en su lecho: libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su época, no sacaba del trato de las mujeres sino un cuerpo debilitado y pasiones gastadas. A sus espaldas tenía toda una religión y toda una nación: y las puñaladas fueron el desenlace de una tragedia que parecía deber concluir con batallas, con la caída del trono y el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosas, produjo sin embargo mucho honor en su partido. «Pero ¿qué milagros hemos visto llevados a cabo por él y con la ayuda de Dios, en el espacio de diez y ocho meses! ¿Quién puede hablar de la jornada de las barricadas sin gran admiración al ver a un pueblo tan grande que nunca ha salido de las puertas de su ciudad con las armas en la mano, habiendo visto al abrir sus tiendas a los escuadrones reales completamente armados y formados en las plazas mas espaciosas y fuertes de la ciudad, formar sus barricadas con tanta presteza que rechazó a todos aquellos escuadrones hasta el Louvre sin efusión de sangre?» *Oración fúnebre del duque y cardenal de Guisa.*

La semejanza de los elogios y de las palabras con lo que leemos todos los días, da únicamente algun valor a este pasaje, olvidado en un folleto de la Liga.

Se ha pintado tantas veces el carácter de Catalina de Médicis, que no presenta ya sino una vulgaridad. Solo resta hacer una sola observación. Catalina era italiana, é hija de una familia de mercaderes que fue elevada al principado en una república, estaba acostumbrada a las tempestades populares, a las facciones, a las intrigas, a los venenos y puñaladas, y por consiguiente ni tenía ni podía tener ninguna de las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa, es decir, ese desden respectivo de los grandes, ese desprecio a sus inferiores, esas pretensiones al derecho divino, y esa sed del poder absoluto, mientras era el monopolio de una raza. No conocía nuestras leyes, y se cuidaba muy poco de ellas: ocupábase tan solo de que la corona pasase a su hija. Incrédula y supersticiosa como los Italianos de su tiempo, en su cualidad de incrédula no profesaba aversión alguna a los protestantes, y solo por política los hizo asesinar. Finalmente, si la seguimos en todos sus pasos conoceremos que nunca vió en el dilatado reino de que era soberana sino una Florencia engrandecida. Los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad nativa contra otro barrio y la querrela de los Pazzi y los Médicis en la lucha de los Guisas y los Chatillons.

Detalles circunstanciados del asesinato del Acuchillado (*le Balafre*) (1), en Blois. La reunión de los protestantes y de los católicos despues de este asesinato, hizo abortar la libertad. Jacobo Clemente, muerte de Enrique III. Cuadro general de los hombres y de las costumbres en tiempo de los últimos Valois, é historia de estas costumbres por los folletos de aquella época. Disolución, crueldad, asesinatos mercenarios, mujeres, favoritos, protestantes, magistrados. La prensa (ó las ideas), representan por vez primera un papel importante en los negocios humanos. Lo que puede decirse en favor de los Valois; su siglo es el verdadero siglo de las artes, y no el de Luis XIV. El mismo Enrique IV no fue tan magnífico y noble como los príncipes de quienes recibió la corona. Todos fueron eclipsados por los Guisas, verdaderos monarcas de aquellos tiempos.

Con los Borbones se inaugura la monarquía absoluta. Enrique IV era ingrato y gascon, prometía mucho y cumplía poco; pero su valor, su talento, su s

(1) Dábase este nombre al duque de Guisa, á causa de una cicatriz que tenía en el rostro, y era el resultado de una herida.

rasgos oportunos y algunas veces magnánimos, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, viveza y fuego, sus aventuras, y hasta sus amores, le immortalizan. Su fin trágico ha contribuido en gran manera á su fama, pues desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria.

Nos hemos formado una idea falsa del modo cómo subieron al trono los Borbones: el vencedor de Ivry no se sentó en él con botas y espuelas al salir de la batalla, sino que capituló con sus enemigos, y sus amigos no tuvieron muchas veces mas recompensas que el honor de haber participado de sus reveses. Pormenores sobre esto.

Quienes eran los Diez y seis; Comité de Salvacion pública de la Liga. Procesion durante el sitio de París. Descripción del hambre. Enrique IV abjura; mas no podía hacer otra cosa para reinar. ¿Era creyente? Enrique IV iba á llevar la guerra á los Países-Bajos, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes. Tales hombres se levantan súbitamente y se abisman al instante en los suplicios: nada les precede ni les sigue: aislados de todo, hállanse suspendidos en este mundo tan solo de su puñal: participan en cierto modo de la existencia y de las propiedades de la cuchilla, y solo se les vislumbra un momento al resplandor del golpe



LOS HABITANTES DEL POITOU EN LA CONSERGERIA.

que descargan. Ravillac estaba muy cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia el que el último rey de una familia y el primero de otra, hayan sido asesinados del mismo modo por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su corte, y en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á ambos asesinos; mas el uno inmoló á un príncipe católico, y el otro á un príncipe á quien creía protestante. Clemente fue el instrumento de una ambicion personal, al paso que Ravillac, á semejanza de Louvel, fue el ciego emisario de una opinion.

Las guerras civiles y religiosas del siglo xvi duraron treinta y nueve años: engendraron la matanza de San Bartolomé, derramaron la sangre de mas de dos millones de franceses; devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual; produjeron el secuestro y la venta de los bienes de la Iglesia y de los particulares; dieron muerte violenta á Enrique III y á Enrique IV, é incoharon la causa criminal del prí-

mero de estos monarcas. ¿Qué es lo mejor que ha hecho la revolucion? La verdad religiosa, una vez falseada, no se entrega á menos excesos que la verdad política, cuando extralimita su objeto.

La monarquía de los Estados espira en el reinado de Luis XIII, y la parlamentaria muere con la Fronda. El primer voto de las municipalidades de Francia cuando fueron llamadas á los Estados por Felipe el Hermoso, para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, estaba concebido en estos términos: «Tenga á bien el señor rey conservar la soberana franquicia de su reino, que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra, fuera de Dios.» El último voto de las municipalidades en los Estados de 1614, decia así:

«Suplicamos al rey ordene que se obligue á los señores á emancipar en sus feudos á todos los siervos.»

Así, pues, el primer voto del tercer estado al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es

una reclamacion en favor de la libertad del rey; y el postrero, en el instante en que vuelve á entrar en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer dignamente y morir mejor. He dicho el por qué no pudo establecerse en Francia la monarquía de los Estados. Richelieu sube al ministerio, su astucia labró su fortuna, y su orgullo su gloria.

Todas las libertades mueren á un mismo tiempo: la libertad religiosa con la toma de La-Rochela; porque la fuerza de los Hugonotes quedó destruida, y el edicto de Nantes no fue sino la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria sucumbió á su vez con la creación de la Academia francesa, tribunal supremo del clasicismo, que mandó comparecer á su presencia como pri-



JORNADA DE LAS BARRICADAS.

mer reo al genio de Corneille, Racine vino despues á imponer á las letras el despotismo de sus obras inaestras, como Luis XIV impuso el yugo de su grandeza á la política. Bajo la opresion de la admiracion, Chapelain, Coras, Leclerc y Saint-Amand sostuvieron en vano en sus perseguidas obras la independencia de la

lengua y del pensamiento: espiraron por la libertad de hablar mal, bajo los versos de Boileau, apelando de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Razon tuvieron para reclamar contra la inflexibilidad de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales, pero no la tuvieron en ser detestables poetas.

En el reinado de Luis XIII solo se descubren un objeto y un hombre: Richelieu. Preséntase cual la monarquía absoluta personificada, que viene á dar muerte á la antigua monarquía aristocrática. Este genio del despotismo se desvanece, y deja en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

La monarquía parlamentaria, sobreviviendo á la de los Esados, llegó en la minoría de Luis XIV á la cumbre del poder: tuvo sus guerras, batieronse muchos en su honor, y sus secretos servían de taco á sus cañones; en su reinado de un momento tuvo por magistrado á Mateo Molé, por prelado al cardenal de Retz, por heroína á la duquesa de Longueville, por héroe popular al hijo de un bastardo de Enrique IV, y por generales á Condé y Turenna. Pero esta monarquía neutra, que no era ni la absoluta, ni la templada de los Estados, que aparecía en medio de la una y de la otra; que no quería la esclavitud ni la libertad; que no aspiraba sino á la caída de un ministro artificioso y sagaz: esta monarquía, seguida de algunos príncipes inquietos y facciosos, pasó en breve. Luis XIV, ya en su mayor edad, entró en el Parlamento con un látigo, cetro y símbolo de la monarquía absoluta, y los Franceses fueron aherrojados por espacio de ciento y cincuenta años.

Después de la comedia de Mazarino, representóse la de Carlos I. Las guerras parlamentarias de la Gran Bretaña fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa espirante, y las discordias de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa ya moribunda. La Inglaterra pasó á la libertad con semblante severo, en tanto que la Francia pasó al despotismo con rostro risueño.

El siglo de Luis XIV fue el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil antorchas de gloria que elevaba en su derredor una comitiva de hombres eminentes.

Luis XIV, como Napoleon, cada cual con la diferencia de su época y su genio, sustituyeron el orden á la libertad.

La monarquía absoluta de Luis XIV era una necesidad un hecho producido por los sucesos anteriores; era inevitable. El pueblo desapareció de nuevo como en tiempo del feudalismo; mas ya estaba creado, existía, dormía y se despertó á su tiempo: durante su letargo tuvo hermosos ensueños en el reinado de Luis el Grande, pues no había sido excluido de la alta administración ni del mando de los ejércitos.

Al terminar la lucha de la aristocracia con la corona, empezó la de la democracia con esta. El poder real, que había favorecido al pueblo con el fin de desembarazarse de los grandes, conoció que se había creado otro rival menos intrigante, pero mas formidable. Empeñóse entonces el combate sobre el terreno de la igualdad, principio vital de la democracia. Hubo monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la antigua libertad aristocrática había muerto, y la igualdad democrática apenas vivía: en la ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y la otra todavía en germen, reinó el despotismo, y en realidad no podía reinar otra cosa.

El feudalismo ó la monarquía militar noble perdió sus principales batallas; pero los extranjeros no pudieron conservar las provincias que habían ocupado en nuestra patria, y fueron arrojados de ellas sucesivamente; el imperio, ó sea la monarquía militar plebeya, hizo conquistas inmensas, pero se vió obligado á abandonarlas, y nuestros soldados al retirarse trajeron dos veces consigo á París á los extranjeros: la monarquía real absoluta no fue lejos á buscar sus combates; pero nos quedó el fruto de sus victorias, y nuestra independencia vive todavía al abrigo del círculo de murallas que trazó en derredor nuestro. ¿A qué es debido esto? Al espíritu positivo del gran rey, y á la prolongada duración de su reinado. Luis

procuró dar á nuestro territorio sus límites naturales. Se han encontrado en los papeles de su administración los proyectos que abrigaba para extender la frontera de la Francia hasta el Rhin, y para apoderarse del Egipto; y aun existe una memoria de Leibnitz sobre el mismo asunto. Si Luis hubiera tenido un éxito completo, no nos quedaria hoy ninguna causa de guerra extranjera.

Desfavorable aspecto de Luis XIV. Cuando cesó de vivir, se le acusó de haber usurpado en provecho propio la dignidad de la nación.

Este príncipe causó además un daño irreparable á su familia: la educación oriental que estableció para sus hijos, esa separación completa de los hijos del trono de los de la patria, hizo al heredero de la corona extraño al espíritu del siglo, y á los pueblos sobre los cuales había de reinar. Enrique IV corria con los niños labriegos, desnudos los pies y descubierta la cabeza por las montañas del Bearn; al paso que el preceptor, que mostraba al joven Luis XV la muchedumbre reunida bajo las ventanas de su palacio, le decía: «Señor, todo ese pueblo es vuestro.» Esto explica los tiempos, los hombres y los destinos.

La vieja monarquía feudal había atravesado seis siglos y medio con sus libertades aristocráticas, para venir á caer á los pies del hijo trigésimo de Hugo Capeto? ¿Cuánto duró el Estado formado por Luis XIV? Ciento cuarenta años. Después de la muerte de este príncipe, la monarquía absoluta solo presentó dos monumentos: la almohada, testigo de los desórdenes de Luis XV, y la cuchilla que derribó la cabeza de Luis XVI.

Luis XV respiró en su cuna la pestilente atmósfera de la regencia: dotado de un carácter indeciso y de la mas insuperable de las pasiones, se halló cargado con el peso enorme de una monarquía absoluta, y su talento no le sirvió sino para ver sus vicios y sus defectos cual una antorcha que alumbraba un abismo.

Hechos y costumbres de aquel tiempo. El duque de Choiseul, madama de Pompadour, madama Du Barry. Las grandes señoras de la corte se escandalizaron con el favor de esta última, pues le pareció que Luis XV faltaba á lo que debía á su nacimiento, haciéndoles la injuria de no escoger sus cortesanas de entre ellas. La desventurada Du Barry vivió bastante para expiar en el cadalso la debilidad de su vida, y luchar con el verdugo en frente de las *Calceteras*: parcas ébrias y viles á quienes podía ser agradable saborear la sangre de Maria-Antonieta, pero que debieron haber respetado la de la señorita Lange.

Por vez primera se lee el nombre de Washington en la narración de un oscuro combate empeñado en los bosques cerca del fuerte de Duquesne, entre algunos salvajes, algunos franceses é ingleses en 1754. ¿Qué guarda de Versalles, qué proveedor del *Parque-de-los Ciervos*, qué cortesano sobre todo ó académico, hubiera querido en aquella época trocar su nombre por el de aquel ignorado americano? En aquella misma época acababa de nacer el niño que debía tender algun día una mano amiga á Washington. ¿Cuántas esperanzas encerraba aquella cuna! Era la de Luis XVI.

El reinado de Luis XV, la época mas deplorable de nuestra historia: cuando se buscan los personajes de ella, vémonos reducidos á investigar en las antesalas del duque de Choiseul, y las guardarropías de las Pompadour y las Du Barry, nombres que no sabemos cómo elevar á la dignidad de la historia. La sociedad entera se disolvió: los hombres de Estado se convirtieron en literatos, estos en diplomáticos, los grandes señores en banqueros, y los asentistas en grandes señores. Las modas eran tan ridículas como de mal gusto las artes; pintábase pastas con tontillo en los salones donde los coroneles bordaban. Todo estaba desconcertado en los entendimientos y en las costumbres, indicio seguro de una próxima revolución.

La sociedad francesa era tan pueril como la romana, en el momento de la invasión de los barbaros: en vez de componer versos en los claustros, componíanse en los tocadores, y con una cuarteta se adquiría alta celebridad.

Será empero señalar causas harto mezquinas á la revolución, el buscarlas en aquella vida de hombres de inmensa fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unidas á los golpes de Estado contra el Parlamento, y á los furiosos de un despotismo decrepito. Esta degeneración de la Francia contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debía encontrar la revolución; mas no era la causa eficiente sino la auxiliar de esta revolución. Seis siglos hacia que la civilización adelantaba, habiéndose destruido multitud de preocupaciones y pulverizado mil instituciones opresoras. La Francia había recogido sucesivamente parte de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento municipal, del impulso de las Cruzadas, del establecimiento de los Estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del prolongado cisma, de los descubrimientos del siglo XVI; de la reforma, de la independencia del pensamiento durante las turbulencias de la Liga y las disensiones de la Fronda, de los escritos de algunos ingenios osados, de la emancipación de los Países-Bajos, y de la revolución de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estos recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV: la libertad durmió pero no abdicó su poder; y esa libertad antigua recobró sus derechos cual la antigua nobleza, al empuñar de nuevo su espada. Las generaciones del cuerpo y las del entendimiento conservan el carácter de su peculiar origen; cuanto produce el cuerpo muere á semejanza suya, empero cuanto crea el espíritu es impercedero como él. Aun no se han engendrado todas las ideas; mas cuando nacen es para vivir sin fin, y convertirse en tesoro comun de la raza humana.

Amanecía la época en que iba á mostrarse la libertad moderna, hija de la razón y llamada á reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. Y aconteció, que ni aun la corrupción de la Regencia y del siglo de Luis XV, fue poderosa á destruir los principios de libertad que nosotros hemos recogido; porque esta libertad no tiene su origen en la inocencia del corazón sino en las luces del entendimiento.

En el siglo XVIII enmudecieron los negocios para dejar espedito el campo de batalla á las ideas: sesenta años de un inoble reposo proporcionaron al pensamiento la ocasión de desarrollarse, de ascender y de descender en las diferentes clases de la sociedad, desde el palacio hasta el morador de la cabaña. Las costumbres desautorizadas se encontraban en un estado (como acabo de hacerlo observar), que no ofrecían resistencia al entendimiento, cual suelen hacerlo cuando son jóvenes y vigorosas.

Luis XVI dió principio á la aplicación de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas, y los enciclopedistas. Aquel honrado príncipe restableció los Parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de los protestantes. Finalmente, el apoyo que prestó á la revolución americana (apoyo injusto segun el derecho privado de las naciones, pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los gérmenes de la libertad.

La monarquía parlamentaria, despertando al fin de la monarquía absoluta, vuelve á llamar á la de los Estados, que sale á su vez del sepulcro para transmitir sus derechos hereditarios á la monarquía constitucional: el rey—martir abandona el mundo.

El gran imperio cristiano de los Franceses debe pues colocarse entre la pila bautismal de Clovis y el cadalso de Luis XVI: la misma religión se halla en pie en las dos barreras que señalan los dos confines de ese an-

churoso palenque. «Altivo sicambro, inclina el cuello, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clovis el bautismo de agua. «Hijo de San Luis, sube al cielo,» dijo el sacerdote que asistía á Luis XVI, en el bautismo de sangre.

Entonces se hundió el mundo antiguo. Cuando las olas de la anarquía se retiraron, dejése ver Napoleon á la entrada de un nuevo universo bien así como esos gigantes que la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad, y que se mostraron en la tierra despues del diluvio.

Así conduzco desde el pié de la cruz hasta el pié del cadalso de Luis XVI, las tres verdades ocultas en el fondo del orden social: la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del entendimiento del hombre, y la verdad política ó la libertad. Procuró demostrar que el espíritu humano sigue una línea progresiva en la civilización, aun en el momento mismo en que parece retrogradar. Tiende el hombre á una perfección indefinida: lejos está aun de volver á encumbrarse á las sublimes alturas de donde las tradiciones religiosas y primitivas de todos los pueblos nos dicen haber caído; mas no cesa de subir por la pendiente de ese desconocido Sinaí en cuya cima verá de nuevo á Dios. La sociedad caminando adelante, verifica ciertas transformaciones generales, y hemos llegado á uno de esos grandes cambios de la especie humana.

Los hijos de Adán no son sino una misma familia que camina hácia el mismo fin. Los hechos ocurridos en las naciones tan distantes de nosotros en el globo y en los siglos, esos hechos que en otro tiempo no despertaban en nuestra mente sino un mero instinto de curiosidad, nos interesan al presente como asuntos propios, y cual si hubiesen sucedido en vida de nuestros ancianos padres. Para conservar tal libertad, tal verdad, tal idea, tal descubrimiento, se hizo preciso exterminar todo un pueblo: para añadir un talento de oro ó un óbolo al fondo comun del tesoro humano, sufrió un individuo todas las calamidades imaginables. Dejaremos á nuestra vez los conocimientos que podemos haber adquirido, á los que nos seguirán en la tierra: en medio de las sociedades que perecen incansablemente, vive una sociedad inmortal; los hombres caen, mas el hombre permanece en pié, enriquecido con los tesoros que le han transmitido sus antecesores, haciendo brillar en sus sienes la radiante corona de las luces adquiridas, adornado con los presentes de los siglos: gigante que crece siempre, siempre, siempre, y cuya frente remontándose á los cielos, no se detendrá sino á la altura del trono del Eterno.

Y ved aquí cómo sin abandonar la verdad cristiana, me hallo de acuerdo con la filosofía de mi siglo y con la escuela moderna histórica. Podrán algunos diferir de mi opinion, pero deberán reconocer que lejos de atascar mi entendimiento en los carriles de lo pasado, trazo desembarazadas vías: ¡dichoso yo si la historia, como la política me es deudora de la rectificación de algunos errores!

Por lo demás, ni aun en mi sistema religioso me separo de mi tiempo, como podrían creerlo los entendimientos poco reflexivos. Dicese que el Cristianismo ha pasado: ¿Ha pasado? Si; en la calle donde hemos hundido una cruz; en casa de dos ó tres vecinos nuestros; en la Asamblea en que declaramos desde lo alto de nuestra superioridad, que nadie nos comprende, que no es posible comprendernos, y que, á no hallarse muy adelantada una generación es incapaz de seguir el vuelo de nuestro genio, y de entrar en el movimiento del universo. Merced á ese genio adivinamos lo que no sabemos; dejamos caer una mirada de águila sobre los siglos; sin necesidad de antorcha penetramos en la noche de lo pasado é iluminamos el porvenir con resplandores que ofuscan los débiles ojos de nuestros padres.